

Los orígenes de la alegría y de la pasión para el funcionamiento de la psique humana



MARTINE BENCHIMOL¹

De un continente a otro, es para mí un emocionante honor matizado de gran tristeza evocar aquel origen de nuestra pasión común para este oficio y sobre todo para el psicoanálisis, compartida con este amigo tan cariñoso y atento, venido desde lejos, en aquel entonces, para mí, el país de los Tupamaros. Hoy me doy cuenta de la suerte que tuve al encontrarme con él para acompañarme en aquella iniciación.

Conocí a Pancho en la Universidad de Paris VII en 1968, año de memorable efervescencia estudiantil en Francia. Muy pronto, y sin comunicarnos, adoptamos ante aquel alegre tumulto político de la Facultad, una posición empática y regocijada, pero ligeramente a distancia como para dejarse siempre la libertad de considerar los fenómenos con un pequeño desfasaje. Aquel nivel de observación, fino y discreto, de los demás y del mundo es la huella fundamental que permanece para mí de su capacidad de estar totalmente presente mientras conservaba aquella reserva «crítica», que iba a constituir nuestra futura práctica.

Hoy en día no consigo recordar lo que nos acercó, para que ambos emprendiéramos durante cuatro años con igual fervor y alegría, el estudio del misterioso continente de la psique humana. Fue, sin duda alguna, la amistad, ese vínculo cómodo y fácil entre un hombre y una mujer, y el placer de reírse de todo con seriedad...

1 Psicoanalista. Miembro de Société de Psychanalyse Freudienne. enitram.b@wanadoo.fr

En aquella época era delgadito con el pelo largo —pero mucho menos que nuestros compañeros de entonces—, se echaba para atrás con un ademán repetitivo de la mano, siempre acompañada de un cigarrillo. Llevaba ya una cartera de cuero antiguo pero no eran bizcochos lo que sacaba de ella, según cuenta su amiga y colega Cristina, sino cigarrillos, una y otra vez... Febril y sin embargo, tranquilo, melancólico y alegre, así lo encontré de nuevo cuando hace dos años vine por primera vez a verlos con Frédérique en Montevideo, siempre en aquella dualidad que lo hacía tan entrañable.

Hace poco, después de su muerte, me hice esta pregunta: ¿me hubiera comprometido de la misma manera en nuestra disciplina si no hubiera compartido con él la intensidad de aquellos descubrimientos? Su insaciable curiosidad y entusiasmo, sin duda alguna me han generado y aumentado mi deseo. Había «absolutamente» que asistir a tal clase, sea de Fedida, de Laplanche, o de otro famoso pensador. Supimos encontrar profesores que se hicieron muy conocidos como Philippe Gutton y Jeammet, todavía jóvenes y ya tan interesantes. Hoy entiendo que debía de moverle una especie de pulsión epistemofílica del Extranjero que quiere asimilar todo del medio donde se encuentra inmerso. Y yo sacaba provecho de ello. Por supuesto, hablaba perfectamente francés, casi sin acento, entendiendo todas las sutilezas. Pero a pesar de aquella energía de investigador del terreno del pensamiento, nunca iba de triunfador. Muy modesto, sin duda demasiado, podía en cambio entusiasmarse para valorar el trabajo del otro. Me acuerdo de un episodio divertido que nos gustaba recordar cuando nos encontrábamos en París muchos años después, de un profesor un poco loco y brillante, que animaba un grupo sobre «la imagen del cuerpo». Pareciéndole ese grupo insuficientemente reactivo a sus geniales ocurrencias, había decidido suspender las clases, citándonos unas semanas más tarde para la defensa oral de un trabajo anteriormente entregado en forma de obra de arte sobre «la imagen del cuerpo». Estudiábamos frenéticamente en la biblioteca de la Rue d'Ulm, la cual era nuestra base cotidiana. Llegado el día, cada estudiante salía descompuesto de la defensa personal, cuando no deshecho en lágrimas. Pancho y yo salimos bien de la prueba, con buenísimas notas, y recuerdo que estaba más alegre y entusiasta por mí que por él, como si valorara más mi capacidad femenina por vencer la ferocidad de aquel terrible personaje, la imago terrible.

Por fin, quisiera añadir que Pancho es quien me hizo descubrir a Malfalda. A cada llegada de Montevideo, me llevaba un pequeño libro en español. Algunos días después de su muerte, me hizo ella una pequeña señal: por casualidad, encontré al fondo de un cajón, un pequeño imán en el que ella dice, mientras mantiene una curita entre los dedos: «Bueno, y ¿cómo hace uno para pegarse esto en el alma?». ♦